

El Psicoanálisis y la Argentina

por Germán L. GARCÍA

Germán García - Archivo Virtual
www.descartes.org.ar

La primera vez que escribí sobre el tema de la historia del psicoanálisis me proponía dos cosas: 1) Responder a una pregunta que me había formulado Jacques Lacan en una entrevista que me concedió el 5 de enero de 1977, referente a la *composición* del psicoanálisis en nuestro país. 2) Atacar el mito fundador de la IPA en lo que hace al comienzo del psicoanálisis entre nosotros.

En efecto, había descubierto una referencia de Sigmund Freud a Germán Greve, presentando las tesis del freudismo en un congreso médico que se realizó en 1910. Esa mínima referencia fue el comienzo y, con la ayuda de Graciela Musachi, fuimos encontrando nombres y textos, acontecimientos y relaciones. El resultado fue un juego al que estuve por llamar *novela histórica* (en alusión al *Moisés* de Freud) publicado con el título de *La entrada del psicoanálisis en la Argentina*.

Luego aparecieron los trabajos de Hugo Vezzetti —quien llamó la atención sobre la contextualización que faltaría a mi lectura de textos— y los de Jorge Balán, referidos a la “profesionalización” del psicoanálisis.

Por su parte, Thomas F. Glick, de la Universidad de Boston, me critica lo excesivamente “institucional” de mi recorrido (al que llama “divertido y genial”, hay que decirlo) y lo poco en serio que me tomaría el psicoanálisis *antes* de la fundación de la APA en la década del cuarenta.

Thomas F. Glick ignora, seguramente, que nadie había nombrado aquí lo ocurrido con el psicoanálisis antes de la APA, como seguramente ignora que Hugo Vezzetti me había criticado lo opuesto (es decir, mi falta de seriedad con el trabajo de la APA).

Con el tiempo se aprende. En la actualidad tengo más información —en parte, por supuesto, gracias a mis críticos—, mi perspectiva incluye una conexión con España que ignoraba en el momento de escribir aquel libro hace más de diez años. También el lugar que le otorgo a la historia del psicoanálisis es diferente.

En verdad, como decía Colette Soler, no existe historia del *acto* analítico. Entonces, tenemos historia de sus efectos y de sus condiciones, de quienes la realizaron y de los obstáculos que encontraron.

Una historia actual del psicoanálisis debería incluir tanto la relación primaria con España —lo que conduce, vía traducción, al alemán de Freud— como la relación secundaria con Inglaterra y EE.UU. Tampoco debería ser una historia de “Buenos Aires” como equivalente de Argentina —la red en las demás ciudades es densa y fluida y ocurren cosas decisivas entre Córdoba, Tucumán y Rosario, por ejemplo—.

Una historia de la difusión —traducciones, grupos de estudio, universidades, etcétera—, una historia de la clínica —tanto en la temática de las revistas como en la oferta de

instituciones y/o analistas particulares—, una historia de las “legitimidades” —primero fue la “genealogía Freud”, después la “corriente inglesa”, por último la “escuela francesa”— como sustitución del improbable sujeto supuesto saber.

Una historia así necesitaría de un trabajo de documentación, un trabajo previo que es posible que no se realice por mucho tiempo. Aquí seguiremos otro camino, el que aparece apenas se entiende que existe una identificación *de la psiquiatría con la psicosis, de la psicología con la neurosis y del psicoanálisis con la perversión* (este último viene a ocupar el lugar, ampliado a los vértigos neuróticos, de la antigua criminología).

Sabemos que el psicoanálisis no se ocupa de la perversión sino de las fantasías perversas de los neuróticos, pero en tanto estos últimos son agentes y pacientes, la confusión se generaliza. De un lado para otro los médicos encontraron en F. Alexander la *psicosomática* y una vaga noción psicoterapéutica basada en la promesa de la eficacia (EE.UU., en tanto cultura del fracaso y el éxito parece refractaria a un psicoanálisis surgido de las ruinas judeocristianas y sus efectos de culpa y de expiación).

La identificación del psicoanálisis con la perversión le otorga una clientela protestante, marcada por la *tentación* y el *castigo*. Pero estas metáforas religiosas no bastan, puesto que se trata de la familia, incluso en los bienes de familia. La práctica del psicoanálisis tiene los límites de los psicoanalistas —son conocidos los esfuerzos de Jacques Lacan por modificar esta situación, también es conocida su declaración de fracaso—.

¿Entre la enseñanza y el acto se encuentra la ética? Sí, por supuesto. Pero sabemos que con la ética se hace lo mismo que con lo demás: se habla.

Existe una eficacia del psicoanálisis producida por el equivoco entre significación social y sentido particular, una eficacia que el sujeto registra como disolución de ese *destino* constituido por el sintoma. Esa eficacia no es el problema, sino que inquieta lo poco que los analistas pueden decir de la misma.

Pero dijimos que es imposible hacer la historia del acto, que podemos hablar de sus condiciones y de sus efectos. Es decir, de la manera en que se transforma lo que es un análisis y también lo que puede ser un analista.

Hijo del siglo

Germán Greve en 1910 cuenta en Buenos Aires una versión de Sigmund Freud que supone al analista como un hijo del siglo, un agente de la razón que opera con lo que *aún* queda de irracionalidad y por lo mismo de sufrimiento.

El médico —viene a decir Germán Greve— debe tener frente al sexo el mismo ideal científico que el anatomista puede tener frente al cadáver —llamada obsesiva, sin duda, que es respondida por Jorge Thenon con sus 400 páginas sobre neurosis obsesiva publicadas en 1935—.

El extenso libro de Jorge Thenon se basa en casos y allí una mujer habla de los efectos que produce en ella la "perversión" de su marido. El subtítulo del libro es "El sadomasoquismo en el pensamiento obsesivo y en la evolución sexual".

En esos 25 años donde no faltaron polémicas —Anibal Ponce, Pizarro Crespo, Gregorio Berman, José Ingenieros, etcétera— se afirman cosas que hoy sorprenden a un lector de Jacques Lacan, tales como las de un capítulo del libro de Thenon llamado "La fórmula del perdón, el espejo y la mutilación narcisista".

Es decir, que podemos seguir un rastro explícito del psicoanálisis además de tener en cuenta —como Thomas Glick lo hizo para el caso de España— la incidencia del psicoanálisis, por ejemplo, en el relato médico (en qué momento se comienza a preguntar por los recuerdos de infancia, se anotan situaciones familiares, etcétera).

La historia del psicoanálisis en tanto *diferente* a la historia de la medicina, la psiquiatría y la psicología, está por hacerse.

El ruido de los últimos treinta años —incluso en otros países— no fue otra cosa que la *incorporación* de los psicólogos a una práctica que había sido dominada por los médicos.

El *ámbito* del psicoanálisis sigue siendo, después de un declarado fracaso de Jacques Lacan, *intersticial* (la consecuencia es una querrela de legitimidades, un cortejo de infatuaciones y las diversas imposturas que se producen cada vez que se olvida que el saber es *supuesto* en la prisa por hacerlo *efectivo*).

El psicoanalista como hijo del siglo no está en posición de sustraerse con facilidad a la "falsa conexión" que el analizando realiza, puesto que en tanto fue a su vez un analizando encuentra un límite en la identificación con los ideales de significación (ética, política, amorosa) de aquellos que trata.

El psicoanálisis fue primero *difundido* (lecturas de algunos en otros idiomas, traducciones) después *practicado* (según los dictados de un rumor sostenido por la autoridad de los que sabían) y por último se planteó el problema de la *formación* de los analistas.

Es sabido que por más que Jacques Lacan critica durante años la identificación con los analistas —donde fueres haz lo que vieres— la *imitación* sigue a la orden del día. Y el mismo Jacques Lacan se preguntó una vez *¿la imitación es un acto?* No sé si alguno respondió. Lo cierto es que los hijos del siglo, los que se llaman laicos, terminan en el juego programado por los médicos. En la historia mayor es el caso de Ana Freud, pero también el de Otto Rank, Ernst Kris, Marie Bonaparte, Geza Roheim, Hans Sacha, Oskar Pfister, Siegfried Bernfeld, etcétera.

El mismo Jacques Lacan, en una carta a su analista Rudolph Lowenstein, aclara: "Si se le dice que por eso representamos al clan de los psicólogos, no lo crea en absoluto, le mostraremos, lista en mano, que entre nuestros alumnos tenemos más médicos que la antigua Sociedad..." (14/7/1953).

En 1978, en una conferencia en el hospital Sainte-Anne, Jacques Lacan dice: "Yo me pregunto a veces si no habría hecho mejor en jugar a lo que se llama *lo psicológico*. Lo que me ha eximido de hacerlo es la *estructura*". El siglo al parecer terminará con el psicoanálisis oscilando entre la rutina médica, la sustancia psicológica y el correveidile de los "episte-

mólogos" (Oscar Masotta se contaba entre ellos, también Américo Vallejo, para nombrar sólo a dos de nuestros amigos ahora muertos).

Jacques Lacan atópico, el psicoanálisis ectópico y la topología en veremos. Así las cosas, volvamos a nuestra historia local.

Jorge Thenon, ¿una carta argentina de Freud?

Hoy asombra el libro de Jorge Thenon (*La neurosis obsesiva*, Ed. El Ateneo, Bs. As., 1935). El Dr. Thenon no ignora nada de lo que se escribe en ese momento en varias lenguas —alemán francés, inglés— sobre psiquiatría, psicología y psicoanálisis. No sólo existe erudición, sino también abundantes referencias clínicas, exposición detallada de casos y comunicación abierta de las sesiones de análisis. Sin embargo, ese límite nunca fue superado. Me refiero al límite que Freud enuncia en la siguiente frase: "Si el conocimiento del inconsciente fuera tan importante como suponen los profanos, los enfermos se curarían sólo con leer unos cuantos libros o asistir a algunas conferencias".

No se trata sólo de conocer lo inconsciente, sino de la dimensión de la presencia como correlato del peso de la palabra dicha. Llamar transferencia a lo que no pasa por la presencia y la palabra dicha para un silencio determinado, es extender el término demasiado.

Existen frases comunes que hablan de esta diferencia: "Eso decilo de frente", "es fácil hablar de atrás", "no se habla de los ausentes", etcétera. El acto de enunciación de la palabra en el dispositivo que incluye la presencia y el silencio/palabra del otro, cuenta además con la mirada (sostenida, rehusada, evitada, etc.) que introduce otra diferencia en conexión con el lenguaje. El encuentro y la separación de cada vez, el dinero que "despoja" y "despeja" los valores del "afecto", la variación temporal de cada encuentro, constituyen la particularidad del asunto con su *saber hacer*. ¿Cómo reducir esto a la frase "tengo transferencia con los textos"? La transferencia no es la intersubjetividad, pero convertir la cosa en intrapsíquica es confiar demasiado en el fondo histórico de la obsesión, cuando la misma posición del sujeto que plantea esto muestra que ese fondo permanece dormido en la superficie.

Jorge Thenon —a quién Freud le pide un resumen de su libro para publicarlo en *Imago*— delimita mal la histeria y la obsesión, confunde las fantasías perversas con el acto de la perversión y supone que analizar es hacer conocer el inconsciente. El resorte de su eficacia se le escapa. ¿Que cambió desde entonces? Esa es la pregunta que es necesario responder.

El psicoanálisis es una discurso de hombres a causa de las mujeres y la única *réplica* —la que articuló Melanie Klein— quiere mostrar como *se hacen* esos hombres.

En 1910 (Germán Greve) se difunde la sexualidad infantil y la angustia como la diferencia de Sigmund Freud con la "psicoterapia" que dos años antes, en 1908, Agrelo había expuesto con agudeza entre nosotros, 1920 (Pizarro Crespo, Gregorio Berman, Anibal Ponce) es la década de la difusión polémica de Sigmund Freud, 1930 (publicación del libro *La psicoanálisis* de Juan Ramón Beltrán, también nombrado por Freud, al igual que Germán Greve y Jorge Thenon).

En 1935, el excepcional libro de Jorge Thenon —que cambiará el psicoanálisis por la reflexología— anticipa en cuatro años la fundación de la primera institución psicoanalítica, creada en 1939 por Juan Ramón Beltrán.

En la década del cuarenta se funda la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA) que depende de la Internacional

(IPA). Se trata, sin duda, de un salto cualitativo. En 1940, de paso por Argentina, Emilio Mira y López había realizado un curso sobre "psicoterapia" en la Facultad de Medicina. Contra los métodos de la psiquiatría.

Luego llega Angel Garma, Maria Langer, etcétera. Esta historia es más conocida, la misma APA la publica corregida en 1982 y por primera vez reconoce —obligado por una *Entrada del psicoanálisis en la Argentina*, libro del que copian algunos párrafos sin citarlo en ningún momento— lo que había ocurrido en los treinta años anteriores.

Según Jorge Balán, la Asociación Médica Argentina (AMA) era refractaria a los médicos judíos, quienes serán luego mayoría en la psicoanálisis. Lo cierto es que la APA es la profesionalización y también las reglas de formación, también será el monopolio de la legitimidad médica —según una ley dictada en la década del cincuenta, durante el gobierno de Perón—.

Es sabido. Los médicos de la APA enseñan psicoanálisis en la facultad a unos psicólogos que tienen prohibido el ejercicio del mismo. Consecuencia: algunos psicólogos practican el psicoanálisis bajo el "amparo" de un control médico, con quien comparte sus honorarios.

El psicólogo hace diagnósticos para el psiquiatra y practica la "psicoterapia" con el control del médico "analista". Todo entre comillas, ya que no entre camillas.

La autoridad de la APA se consolida y algunos que vienen de otros países a estudiar medicina vuelven analistas después de unos años.

También existen los congresos, las publicaciones y los viajes con las conferencias y los controles. La función de *mediación* entre los ingleses y el resto de Latinoamérica está asegurada: de la Argentina se viaja a Londres, de Iberoamérica se viaja a la Argentina.

Durante el gobierno peronista la APA se parece al grupo de la revista *Sur*, liberales, con ideas cosmopolitas, los integrantes el grupo tienen una buena renta y se mantienen en una discreta distancia del poder que reprueban. Después de la caída de Perón la Universidad se abre, la calle se gana. Los autores de la APA se conocen, sus publicaciones circulan, sus opiniones se registran en la prensa.

Los liberales de la APA son atacados por la izquierda, la década del sesenta los encuentra sumidos en crisis y escisiones.

Entre esa izquierda que se llama "freudomarxista" y la institución liberal, ecléctica y sin respuestas, aparece la alternativa que en nombre de Jacques Lacan impulsa Oscar Masotta.

Treinta años de Lacan en la Argentina

Es asombrosa la continuidad de la difusión de Jacques Lacan en nuestro país, más si se tiene en cuenta que estas tres décadas fueron marcadas por cambios políticos y sociales imprevisibles, así como con transformaciones económicas que desafiaban las regulaciones programadas. Esa continuidad, oculta, sin embargo, una discontinuidad y también las diferencias dentro del "lacanismo".

La revista *Centro* publica en 1959 las primeras referencias extensas de Oscar Masotta a Jacques Lacan. La revista *Pasado y Presente* (Córdoba, 1965) publica "Jacques Lacan o el inconsciente en los fundamentos de la filosofía", artículo que difunde la conferencia que un año antes había realizado Oscar Masotta, en una institución dirigida por el Dr. Enrique Pichón Rivière. En 1969 sale el primer número de *Cuaderno Sigmund Freud*, dedicado a Jacques Lacan y, por supuesto,

dirigido por Oscar Masotta. En 1974 Oscar Masotta propone la fundación de la Escuela Freudiana de Buenos Aires. En 1979, con Oscar Masotta exiliado, un grupo se apropia de la institución y los seguidores de Oscar Masotta se refugian en la sigla Escuela Freudiana de la Argentina, asumiendo el compromiso de un trabajo con la biblioteca Freudiana de Barcelona —fundada por Oscar Masotta en 1977— que no se cumple. Oscar Masotta muere en Barcelona en septiembre de 1979, diversos grupos se disputan la "representación" de Jacques Lacan. En Caracas, Diana Rabinovich organiza en 1980 el primer encuentro de Jacques Lacan con sus lectores de Iberoamérica. Los que se habían apartado de Oscar Masotta asisten y se niegan a ir los que siguieron con su proyecto (exceptuando a Gerardo Maeso y algunos actuales integrantes el Simposio, que siguieron con Oscar Masotta hasta su muerte y además asistieron al encuentro de Caracas).

En 1984 se realiza el tercer encuentro del Campo Freudiano, en Buenos Aires —el primero había sido el de Caracas en 1980, el segundo el de París en 1982—. La dictadura ha terminado, algunos vuelven del exilio, la red local de los grupos cambia. Muchos de los que asistieron a Caracas abandonan el Campo Freudiano, algunos de los que no asistieron entran en el Campo Freudiano.

En 1988, en ocasión del quinto encuentro que se realizó en Buenos Aires, Jacques-Alain Miller dice —frente a los representantes de la red de ciudad de diversos países—: "El capítulo —Lacan y el extranjero, es muy breve: dejó hacer fuera de él la Escuela Belga de psicoanálisis de la que no quiso saber nada, habría deseado un grupo italiano, y fracasó en crearlo, dos o tres berlineses le avisaron de que fundaban una escuela, que sería la de ellos, no la de él. Y creo que eso fue todo. Ese mundo que viniendo de París habríamos descubierto en Caracas en 1980, no somos nosotros —de París— quienes lo hemos creado. Es la obra de un asombroso argentino, Oscar Masotta, gracias al que la enseñanza de Lacan conoció una difusión que se extendió a todo el mundo hispánico durante los años sesenta, sin que Lacan interviniera en ello más que haciendo de Masotta un miembro de la Escuela Freudiana de París" (Correo del Campo Freudiano, N° 4, enero 1989).

Oscar Masotta, expulsado de la Escuela Freudiana de Buenos Aires que había fundado, es recibido por Jacques Lacan en la Escuela Freudiana de París —que cada uno saque las consecuencias—.

La historia de la difusión de Jacques Lacan en castellano tiene su pivote en Oscar Masotta, los efectos de la elipsis de Caracas prosiguen. En la actualidad proliferan los grupos dentro y fuera de la red del Campo Freudiano.

Cada grupo se plantea el problema de la "educación" de los analistas, de la forma en que puede hacerse efectiva cierta manera de situarse en el dispositivo analítico. El asunto es complicado, puesto que el recitado de Sigmund Freud y de Jacques Lacan suele ser la contraseña para circular en un (pobre) mercado donde después se hace cualquier cosa (es decir, se actúa en función de ciertos verosímiles instaurados por el mismo "muro de lenguaje" que se difunde).

De la solución institucional que se instale dependerá el futuro, del que se puede esperar mucho si tenemos en cuenta que el psicoanálisis —ese discurso causado por mujeres que proliferó entre hombres y que ahora vuelve a las mujeres en una pregunta inagotable por la otra —renace de sus fracasos y hace fuego con las cenizas de su miseria □

Germán L. García es psicoanalista, de la Biblioteca Internacional de Psicoanálisis. Ha escrito *La Entrada del Psicoanálisis en la Argentina* y *Oscar Masotta y el psicoanálisis del castellano*.